



## CAPITULO I.

### LA PARTIDA DE LA GALILEA.

La partida de la Galilea marca el punto culminante de la vida de Jesús y la partición en dos fases distintas. La Galilea y la Judea, hé aquí sus dos campos de acción.

En Galilea, él evangelizó al pueblo, anunció la buena nueva del Reino, promulgó su ley, reunió en pos de él á partidarios fieles y á los discípulos, constituyó á sus apóstoles y fundó las bases de su Iglesia; designó al jefe, y le confirió sus poderes; se reveló él mismo en la divinidad de su función mesiánica, como aquel cuya carne y la sangre serán el pan de vida y la bebida de la humanidad. En despecho de la defección del pueblo, que no há sabido ni querido comprenderla, su obra está hecha: Jesús puede desaparecer. Si él hubiera dejado la tierra en el Thabor, en la majestad de su transfiguración, nada de esencial hubiera faltado á sus designios. Pero la voluntad del Padre celestial era que su Hijo afrontase la muerte. El Cordero de Dios, que borra los pecados del mundo en donde imperan la violencia y el odio, el egoísmo y el

orgullo, debía ser inmolado. La Galilea tuvo la gloria de verle obrar y vivir, la Judea y su metrópoli le verán morir.

Dejar la Galilea y volver á la Judea, fué para Jesús ir al encuentro de las grandes luchas; él se resolvió á ellas con una heroica firmeza. "Los días," dice San Lucas, "en los que él debía ser arrebatado de este mundo se habían cumplido, él volvió su rostro resueltamente á Jerusalem."<sup>1</sup>

Seis meses le separan de la muerte; ella es en lo sucesivo su pensamiento único, él consagra á prepararla el resto de su vida, y sólo él tiene el secreto de este porvenir abrumador. En diversos intervalos, él la profetizó á sus discípulos que no podían creer en ello. Si ellos perciben alguna lucha ardiente que sostener, la fe en la potestad de su Maestro les asegura, y su naturaleza belicosa de Galileos les enardece; la defección del pueblo no ha conmovido su confianza, y ellos viven con el pensamiento de la gloria que les promete su situación privilegiada cerca del Mesías.

El viaje de Jesús á Jerusalem fué marcado de incidentes diversos que ponen en relieve su calma, su sabiduría y su dulzura inalterable.

La fiesta de los Tabernáculos, una de las más grandes solemnidades judías, se acercaba.<sup>2</sup> Ella cayó, en el año 29, el 12 de Octubre.

Ya se formaban las caravanas en las ciudades y en las aldeas de la Galilea para Jerusalem; los parientes, los amigos y los vecinos se reunían y preparaban su partida. Los primos de Jesús,—á los que el Evangelio llama sus hermanos, los hijos de María, hermana de su Madre, y los del hermano de José el carpintero,—vinieron á comprometerle se pusiera en camino. Después de la fiesta de los Purim, él no había vuelto á Jerusalem,<sup>3</sup> en donde había dejado algunos discípulos ocul-

<sup>1</sup> Luc. IX, 51.

<sup>2</sup> Juan VII, 2-10.

<sup>3</sup> Véase el libro II. cap. VII.

tos.—Ve pues á Judea, le dijeron sus parientes, á fin de que tus partidarios sean testigos de tus prodigios. Ninguno obra en secreto, cuando él mismo desea aparecer. Muéstrate al mundo.

Cuando Jesús rebeló al pueblo galileo, esos mismos parientes le trataban de energúmeno y querían arrancarle de su obra; hoy, viéndole abandonado, le dan los consejos de una sabiduría vulgar. Si él es el Mesías, como él lo pretende, no es en la Galilea ignorante quien no le comprende, sino en la metrópoli, ante los jefes y los maestros, á donde él debe mostrarse. Ellos hubieran querido de él evidentemente, una manifestación conforme á sus preocupaciones nacionales, algunas señales del cielo, como las reclamaban, obstinadamente y con acritud, sus peores enemigos. Ellos no creían en él. Su seguridad les importaba poco. Ellos debían saber, sin embargo, que en Jerusalem ya se había hablado de entregarle á la muerte.

—"Mi tiempo no ha llegado todavía," les dijo Jesús; "pero el vuestro siempre está presto." Y él les recordó los odios que rugían en derredor de él, amenazantes.

—"El mundo no podría odiaros, á vosotros; pero él me odia, á mí, porque yo le condeno y doy de él el testimonio que sus obras son malas."

Casi toda su parentela, juzgando su misión bajo un punto de vista terrestre, la consideraba como una obra abortada en Galilea, porque el pueblo le abandonaba, porque los Fariseos le detestaban y le rechazaban; él les insinúa que el odio con el que se le persigue y que les escandaliza está ligado al cumplimiento de su tarea. El no podría ser aclamado por el mundo, porque él es la condenación de sus vicios; su palabra y su vida misma levantarán contra él sus furiosos. Siempre vivo, siempre amado, siempre odiado; hé aquí su destino. El se avanza, escoltado por el amor de los pequeños y por la hostilidad de los poderosos; pero él sabe el tiempo y la manera de afrontar esta hostilidad ó de huirla, y él no toma consejo sino

de la voluntad de su Padre para determinar el momento y el modo de su acción.

—“Id, vosotros, á esa fiesta,” dijo él á los suyos; “por lo que toca á mí, yo no voy aún, <sup>1</sup> porque mi tiempo no ha llegado todavía.”

La respuesta es manifiestamente evasiva; Jesús permanece reservado respecto á su familia, quien no sabría comprender y no puede sino entorpecer sus designios.

Las caravanas partieron; Jesús se quedó. Su intención era de subir á Jerusalem un poco más tarde, á escondidas de la multitud. Sólo sus discípulos fueron instruidos de sus proyectos. El dejó la Galilea con ellos y tomó el camino directo de Judea, á través de la Samaria. \* El había enviado delante de él á algunas gentes para anunciarle. Ellas entraron á una aldea samaritana, á fin de prepararle alojamiento; pero él no fué allí recibido, porque parecía ir á Jerusalem. El había, al principio de su vida pública, hallado una acogida solícita en esta misma Samaria, <sup>3</sup> más los días felices eran raros: él entró en el período doloroso y amargo.

La abnegación y hospitalidad irritó á los discípulos. Dos de entre ellos, Santiago y Juan, los preferidos del Maestro, sintieron más violentamente la injuria.—Señor, ¿lo queréis? Ordenemos al fuego del cielo descender y consumirlos.

Esa palabra, de un celo inmoderado, prueba á qué grado los Apóstoles tenían fe en la omnipotencia de Jesús. La vista de su gloria en el Thabor la había arraigado en ellos y exaltado; el ejemplo de Elías, su ardor impetuoso les venían á la memoria.

Jesús se volvió á ellos y les hizo esta reprimenda severa:

—“Vosotros no sabéis de qué espíritu soís; el Hijo del

<sup>1</sup> Nosotros añadimos al texto de la *Fulgata* la palabra *todavía*, *ὄχι*, bajo la fe del *Codex Vaticanus*; él hace desaparecer la contradicción aparente entre la respuesta de Jesús y su conducta ulterior.

<sup>2</sup> Luc., IX, 52 y sig.

<sup>3</sup> Véase el libro III, cap. VI.

hombre no ha venido á perder la vida de los hombres, sino á salvarlos.

En efecto, en esta misma hora, él no iba á combatir y á matar, él iba á morir y á dar su vida. El hombre se irrita y se venga; egoísta y violento hasta en su religión, no teme invocar á Dios para el servicio de su cólera ó de su venganza, Jesús no conoce sino el amor que soporta la injuria; perdona y, en vez de matar á sus enemigos, muere por salvarlos.

La pequeña caravana se dirigió á otra aldea, pero es probable que, queriendo evitar la Samaria inhospitalaria, ella descendió al valle del Jordán, para seguir la ruta ordinaria que pasa por Jericó y sube á Jerusalem, á través del desierto de Judá.

Mientras ellos caminaban, <sup>1</sup> un hombre, un Escriba, vino á Jesús y le dijo:—Yo os seguiré por doquiera que vayáis, Maestro.

—“Los zorros, respondió Jesús, tienen sus guaridas y los pájaros del cielo sus nidos, mas el Hijo del hombre no tiene en donde reclinar su cabeza.”

Jesús nada tiene, ni aun una habitación. En Capharnaum, él recibió la hospitalidad de Pedro; hoy se marcha no teniendo albergue seguro, y el que quiera ser su discípulo debe participar de su suerte. El Escriba comprendió la necesidad de este desinterés absoluto? ¿Se alejó alentado, desconcertado? No se sabe.

Entonces, Jesús dijo á otro: “Yo soy.”

—Maestro, permíteme primero ir á sepultar á mi padre.

—“Deja á los muertos sepultar á los muertos; por lo que á tí toca ve y anuncia el Reino de Dios.”

Lo que la Ley imponía al Nazir, Jesús lo pide á sus apóstoles, pero con otro espíritu. El apóstol es el verdadero Nazir, por completo consagrado á la obra divina del Reino. Cuan-

<sup>1</sup> Luc., IX, 57 y sig.

<sup>2</sup> Cf. Levit., XXI, 2; Núm., VI, 6, 7; Exod., XIX, 14; Os, IX, 4.

do los deberes están en conflicto, los más elevados le llevan. Seguir á Jesús primero que todo. Nada de humano,—ninguna convención social, ni aun la más legítima,—podría entorpecer ni un instante á aquel que es llamado; él está regido por una ley más elevada que no sufre ningún retardo. A cada cual su tarea: los que permanecen, entre los muertos, bastarán para sepultar á los muertos; los vivos no tienen mas que difundir la vida, para esclarecer, consolar y salvar á los vivos.

—Maestro, le dijo otro, yo os seguiré; pero dejadme disponer antes de lo que tengo en mi casa.

—“Todo el que ponga la mano en el arado y vea para atrás,” respondió Jesús, “no es apto para el Reino de Dios.”

Las cosas de la tierra, los intereses mundanos, todo lo que pasa, en una palabra, no debe preocupar al obrero que Jesús convida á su obra; él pertenece por completo al Reino de Dios. Éste es el trabajador del Padre, que no tiene mas que ver derecho en el campo del Padre para ahí cavar su zurco.

Estos tres hechos tan característicos no nos enseñan solamente la firmeza y el heroico desinterés exigidos por el Maestro, ellos hacen revivir y animan todo ese viaje que él había querido cubrir de misterio.<sup>1</sup>

Jesús no estaba acompañado mas que de sus discípulos, y meditaba enviarles en misión, de dos en dos, como ya había enviado á sus Apóstoles. Eligió setenta y dos, les ordenó ir á las ciudades y á las aldeas de la Judea oriental y de la Perea, mientras que él proseguía su camino para Jerusalem; y él les fijó en la región de más allá del Jordán un lugar de cita que los documentos no han mencionado. Previendo que su permanencia en la metrópoli levantaría una oposición por la cual él estaría aun obligado á huir, proyectó volver hacia sus discípulos para continuar con ellos su obra de evangelización á través de los países que no habían escuchado de su boca la buena nueva.

Antes de dejarles, él les habló de la cosecha que se tenía que hacer, siguiendo una expresión que él amaba.

—“Ella es grande, dijo, y los obreros son pocos. Suplicad al dueño de la casa que envíe obreros al campo para segar.” Después, renovando las instrucciones que ya había dado antes,<sup>2</sup> á los Doce, les despidió.

—“Yo os envío, como á los corderos en medio de los lobos.”

La tarea es la misma. La táctica será la misma. Los poderes conferidos son los mismos. Los mismos peligros que correr. La misma pobreza, el mismo celo. El mismo espíritu de dulzura y de paz. Ninguna venganza contra los inífeles que cerrarán su puerta á los enviados. Sacudir el polvo de los pies, en la casa ó en la ciudad ingrata y dejarla al juicio de Dios.

Las ciudades de Galilea volvieron á la memoria de Jesús. Tuvo una exclamación conmovedora de desdicha contra ella, contra Bethsaida, Korazim, Capharnaum, quienes le habían despreciado. En seguida, se volvió á sus discípulos, y puso en ellos, con su palabra, su alma y su Espíritu.

—“Id, el que os escucha me escucha, el que os desprecia me desprecia; y aquel que me desprecia, desprecia á Aquel que me ha enviado.”<sup>3</sup>

Jesús continuó su camino para Jericó y Jerusalem.

Desierta y muda actualmente, ella estuvo entonces llena por

<sup>1</sup> Véase el libro III, cap. VIII.

<sup>2</sup> No se explica para nada que ciertos críticos hayan creído poner en duda la autenticidad de esta misión de los setenta y dos discípulos, y se hayan permitido ver en ello una invención del Evangelista que sólo la refiere y que hubiera querido, según ellos, exaltar el ministerio de San Pablo y de sus ayudantes de los que los setenta y dos deben ser los precursores. La historia no se escribe con semejantes hipótesis: ella quiere testimonios positivos. Ahora, San Lucas afirma claramente la misión de los Doce y la de los setenta y dos discípulos. Nadie á priori puede hacer vacilar esta afirmación. Si él solo refiere el hecho, es porque el solo describe en detalle este periodo de la vida de Jesús. Por otra parte, menos se está autorizado en tratar esta narración de invención pauliniana, cuanto que una obra cuyo origen judío-cristiano es incontestable, pone en boca de San Pedro estas palabras decisivas sobre la cuestión: “El primero nos eligió, á nosotros, los Doce, á quienes llamó Apóstoles; después, todavía eligió otros setenta y dos discípulos entre los más fieles.”

<sup>3</sup> Clement. Recognit., I, 24.

los grupos de peregrinos y las ricas caravanas de la Gaulonítide, de la Araunítide, del país de Damasco y de Galilea. El paisaje es pintoresco y grandioso, lleno de variedad, de austeridad y de luz. Dirigiéndose al Sur, se alarga á la derecha la montaña desnuda árida, ya levantada en cono, como el Korn-Zartaba, ya apozonada y redondeada. La roca esterilizada, devastada por las lluvias, deja ver su calcáreo parduzco cuyas estratificaciones agitadas por los volcanes dibujan en los flancos escarpados de los ouady festoneamientos gigantes. En frente, se ve el cielo, abierto sobre el llano del Jordán y la mar Muerta, ceñida por las dos cadenas de montes de Moab y de Judea, de un azul violáceo.

Un silencio infinito se agrega á la majestad y á la inmensidad de esta majestad.

Jesús ha pasado por ahí más de una vez, seguido de algunos discípulos. En este desierto, él enseñó al mundo en su persona, sembrando su palabra que cubre hoy á la humanidad como una cosecha madura.

Al aproximarse á Jericó, la naturaleza se hace más salvaje, la desolación aumenta, el raro césped desaparece: este es el desierto con su arena, sus guijarros, su desnudez. Desde que se ha franqueado el ouady Newmameh, y se ha torcido la punta del Djebel Herbet-Samar, el llano de Jericó aparece, derrepente, verdioso como un oasis. En tiempo de Jesús, Jericó era la ciudad de las rosas y de las palmeras; hoy, la verdadera es estéril. Las palmeras y las rosas han hecho lugar á los zarzales espinosos; montones de ruinas, en el circo, en las terrazas, en los palacios de la ciudad herodiana; y las hermosas aguas de Ain el-Sultán se pierden á través de los campos abandonados.

Después de haber pasado la ciudad, el camino tuerce al Oeste y se interna en la montaña, remontando el ouady el-Kelt. Ni un sólo árbol á lo largo de la ruta. Siempre la montaña árida y parduzca como la ceniza; siempre los fondos del valle semejantes al lecho pedregoso, seco, del torrente.

La aspereza de esta naturaleza no se dulcifica sino hasta las cercanías del Khan el-Achmar. La línea de montañas se redondea, el césped verdeguea, los valles se cubren de espigas, los rebañíos reaparecen sobre las colinas, las aldeas se muestran en lontananza, la vida renace.

El Khan el-Achmar ha sido, desde tiempo inmemorial, una parada para las caravanas. Jesús debió de reposar ahí. Una antigua tradición ha situado ahí mismo un episodio del viaje referido con detalles por San Lucas. La narración evangélica parece confirmar esta tradición; ahí se trata, en efecto, del camino de Jerusalem á Jericó, y se sabe que la enseñanza del Maestro lleva casi siempre el sello del tiempo y del lugar, de las menores circunstancias en las que fué dada.

Jesús estaba sentado, rodeado de sus discípulos y de otras personas entre quienes estaba un Escriba. El Escriba se levantó para poner á prueba la sabiduría de Jesús.—¿Qué haré, le dijo, para entrar en la herencia de la vida eterna?

—“En la Ley,” respondió Jesús, mostrándole sus filacterias y los pasajes que ahí estaban escritos, “en la Ley, ¿qué está escrito? ¿Cómo lees tú?”

—Esto: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu; y á tu prójimo, como á tí mismo.

La respuesta era perfecta. Jesús la aprobó: “Haz esto, y vivirás.”

Tal es la fórmula eterna de la vida. La Ley como el Evangelio, Moisés como Jesús, la proclaman. Toda conciencia la revela, si ella escucha todo lo que Dios enseña á toda criatura inteligente. Para todos, el egoísmo es la muerte y el instrumento de la muerte; el amor es la vida y la fuente de la vida. El Evangelio no excede á la Ley y á la conciencia entregada á sí misma, sino enseñando cómo se ama y dando la fuerza de amar. Sólo él, nos instruye respecto á la palabra

"prójimo;" sólo él, nos muestra al Dios que arrebató al corazón, invade al alma, ordena á nuestras fuerzas y alumbra á nuestro espíritu; él solo, crea en nosotros este amor soberano de Dios sin el cual el amor del prójimo no es sino una palabra.

El Escriba, en vez de confesar su impotencia ante un ideal tan perfecto, en vez de preguntar cómo podría amar de esta manera, no piensa sino en suscitar una nueva cuestión, á menudo debatida en las escuelas judías y rabínicas, y cuya solución no servía más que para legitimar su odio nacional y religioso. El sabía, sin duda, que Jesús era el amigo de los paganos, de los publicanos y de los pecadores, y á fin de parecer justo y confundir al Maestro:

—¿Quién es mi prójimo? le preguntó insidiosamente.

Jesús le replicó en parábola:

—"Un hombre bajaba por este mismo camino, de Jerusalem á Jericó. Encontró á los ladrones que le despojaron, y quienes, después de haberle herido, le dejaron medio muerto.

"Ahora, aconteció que un sacerdote bajaba por el mismo camino. El sacerdote le vió y pasó de largo. Un levita, que vino ahí, le vió, é igualmente siguió de largo.

"Pero un Samaritano que viajaba llegó cerca de él, y al verle, tuvo piedad. Se aproximó, vendó sus llagas, y vertió aceite y vino; en seguida le puso sobre su caballo, le condujo á una hostería, y tuvo cuidado de él. El día siguiente, sacando dos denarios, se los dió al hostelero:—Tened cuidado de él, y todo lo que gastéis demás, yo os lo devolveré á mi regreso.

—"De estos tres, el sacerdote, el levita y el samaritano" dijo entonces Jesús, mirando al Escriba, "¿quién te parece haber sido el prójimo de aquel que cayó entre los ladrones?"

El Escriba no osó decir: El Samaritano: sus preocupaciones le encadenaban; pero se le escapó una palabra profunda que la parábola de Jesús le inspiró:—El prójimo, respondió, es aquel que tuvo piedad.

—"Vete," dijo Jesús, "y haz lo mismo. Ten piedad. Y vivirás."

Llevar á ese Escriba á reconocer al verdadero prójimo bajo los rasgos de un Samaritano—el ente desdeñado y despreciado entre todos,—es un triunfo de la dulzura persuasiva, del arte exquisito, del sentido lleno de fineza, con el cual Jesús esclarecía y tocaba á las almas más deformadas por la falsa cultura y por la vana ciencia.

Nada de categoría, nada de barrera entre los hombres. Ellos son todos, cualesquiera que sea su religión, su raza, su estado social, doblegados por la misma ley del dolor. Ellos sufren y pueden sufrir; ellos deben, los unos á los otros, amarse y servirse: el prójimo es á la vez el desdichado que tiene necesidad de piedad, y el bondadoso que sabe tener piedad. Ninguna filosofía, ninguna religión, le ha enseñado como Jesús. La naturaleza le oprime, pero es preciso que el Cristo, con un rayo de luz y un soplo de su Espíritu, le libre de su egoísmo y de sus preocupaciones, para que ella pueda decirla y tenga el valor de practicarla.

Siguiendo el camino de Jericó á Jerusalem, Jesús llegó á Bethania, esa aldea que San Lucas no nombra y en la que una mujer, llamada Marta, tenía su residencia. Ella vivía allí con Lázaro, su hermano; su hermana María Magdalena, en esta época, allí se había retirado. La pecadora convertida, que había llegado á ser una de las secuaces más celosas del Maestro, se había consagrado á servirle en las fatigas y los viajes de su apostolado. Cuando Jesús resolvió venir á Jerusalem y á Judea, ella debió estar advertida, y se fijó en Bethania, en la casa de Marta, á fin de hallarse cerca del Salvador.

En otro tiempo, Bethania con sus olivares, sus higueras, sus almendros, sus jardines en terraza, fué una aldea encanta-

dora, en donde la vista reposaba, después de las regiones desoladas que se atraviesan al venir de Jericó. En la actualidad no es más que un lugarejo miserable de veinte ó treinta chozas construidas con las piedras arrancadas á los viejos edificios. Sobrepuestas las unas á las otras, esas chozas se apoyan sobre la colina. La pequeña cúpula de una mezquita designa aproximadamente la tumba de Lázaro. Una torre cuadrada, en hermosos trozos, desmantelada, domina á la aldea, y parece guardar sus ruinas. ¿En dónde estaba la casa de Lázaro y de Marta en la que Jesús se detuvo? De la Iglesia levantada para conservar la memoria, no resta más que piedras esparcidas, fragmentos de columnas, fustes y capiteles rotos. Los más dulces recuerdos evangélicos envuelven á ese rincón de tierra; no se vé más que la casa de Simón, pero se respira todavía en espíritu el olor de los perfumes que Magdalena derramó allí sobre la cabeza de Jesús.

Jesús llega hoy á la residencia de Marta. La tradición no ha olvidado la hospitalidad que ahí recibió.

Según su costumbre, él había tomado lugar para la comida en el lecho de honor. La hermana de Marta, María, se había venido á sentar, también ella cerca del Maestro, á sus piés, escuchando su palabra. Marta, por el contrario, se afanaba, distraída y absorta por diversos cuidados. Ella se detuvo delante de Jesús y le dijo:—Señor, ¿no véis que mi hermana me deja servir sola? Decidla que me ayude.

—“Marta, Marta,” respondió Jesús, “tú te inquietas y te turbas por muchas cosas; una sola es necesaria.” En seguida, haciendo alusión á la parte de elección reservada al huésped que se acogía, agregó: “María ha escogido la mejor parte, ella no le será quitada.”

Este cuadro de un sentimiento tan verdadero, de un trazo tan vivo, permanecerá velado á los ojos de aquellos que no reconocen en Jesús al huésped divino que veían Marta y Magdalena.

Es poco el servirle, rodearle de atenciones y de honor; es-

cucharle, mirarle y amarle, beber á grandes tragos la vida en su palabra, hé aquí lo esencial, lo necesario. El corazón profundo de Magdalena le había comprendido; ningún homenaje vale más que éste. Jesús prefiere al alma ávida de escucharle á el alma muy celosa que le prodiga todos los deberes de la hospitalidad.

Estas dos mujeres son los dos tipos dominantes de la humanidad regenerada. El festín se continúa en la Iglesia; Jesús ahí habla. Al lado de las naturalezas empeñosas y distraídas, agitadas y turbadas, como Marta, véense, á sus piés, inmóviles y encantadas, aquellas que han escogido, como Magdalena, la mejor parte, que nada, ni aun la muerte, les quitará.

Dejando á sus huéspedes de Bethania, Jesús tomó el camino de Jerusalem y subió el monte de los Olivos. El peregrino que venía de Jericó gustaba hacer alto sobre esa cima, antes de entrar á su cara Sión. Al verla aparecer derrepente ante su vista, más allá del valle de Josafat, él estuvo sobrecogido de una religiosa emoción y de un estremecimiento patriótico.

Jesús se detuvo para orar.

Una tradición venerable ha colocado en este lugar la escena referida por San Lucas y que forma el último episodio de este viaje en el que se sigue al Maestro paso á paso desde Capharnaum.

Su oración tenía siempre para aquellos que le rodeaban algo de solemne. El se aislaba; sus discípulos aguardaban en silencio que él viniera á unirseles. Ese mismo día, cuando hubo terminado, uno de ellos le dijo: Señor, enséñanos á orar, como Juan enseñó á sus discípulos.

Esta era la costumbre de los maestros religiosos, entre los Judíos, de dar á sus discípulos fórmulas para recitar constantemente y sin cambiar una palabra. El gran Profeta todo lle-

no de la necesidad de la penitencia, de la regeneración, de la fe en el Mesías, de la santidad del Espíritu, de la espiritualidad del Reino de Dios, debió reasumir esas verdades en una oración que ha permanecido desconocida. Jesús, en su sermón de la montaña, habiendo ya enseñado á sus discípulos cómo ellos debían orar, se sorprende que uno de ellos actualmente le haga esta pregunta. Es probable que no se trató más, como otras veces, de una fórmula común á todos, sino de una fórmula reservada, á aquellos que se aproximan al Maestro más cerca. Semejante pregunta revela en aquel que la expresa un deseo secreto de verse el objeto de las preferencias de Jesús. Nada más verosímil; ese deseo penetra á cada instante en su cortejo íntimo. Quizá también, aquel que dirige la pregunta sea uno de los antiguos discípulos de Juan, y acordándose de una de las oraciones que él había recibido de boca del Bautista, pide una semejante á su nuevo maestro.

—“Cuando oréis,” respondió Jesús, “decid:

“Padre, santificado sea tu nombre.

“Venganos tu reino.

“Danos el pan de cada día.

“Perdonanos nuestros pecados, como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

“Y libranos de la tentación.”<sup>1</sup>

Lo que el Maestro había enseñado en la montaña, aquí lo enseña todavía. No hay dos oraciones, una para la multitud y otra para los individuos, una para el vulgo, otra para los preferidos; el mismo Espíritu está en todos los miembros del Reino, hablando á todos y en todos el mismo lenguaje. Todos llaman á Dios su Padre: ¿no tienen todos las mismas aspiraciones, las mismas esperanzas, las mismas necesidades, las mismas miserias, los mismos peligros? Todos quieren que el Padre sea conocido en su verdad, en su potestad, en su santidad. El está sobre todo lo creado; pero su voluntad gobierna todo,

<sup>1</sup> Véase el Apéndice M. Los dos textos del Pater.

su amor está esparcido sobre toda criatura, y toda criatura pide que su reino llegue por la aceptación de esta voluntad y de este amor.

Nada de ateísmo, nada de idolatría, nada de vana religión en la que el hombre tome el lugar de Dios.

Todos tienen necesidad para vivir, ellos piden al Padre el pan de cada día. Todos son culpables, ellos apelan al perdón del Padre, y á fin de obtenerle, dicen: Perdona, como nosotros perdonamos. Todos están en lucha con el Malo quien les impulsa al mal, y ellos claman al Padre no entregarles.

Se puede hallar en los libros religiosos las mismas palabras, esparcidas aquí y allá; en ninguna parte se hallará el mismo acento. El deber y la necesidad de hablar á Dios como á nuestro Padre, hé aquí lo que Jesús ha creado.

El suprime todas las vanas peticiones que el egoísmo y la aspereza terrenal multiplican en las falsas oraciones á las religiones. El hombre no piensa más en él, piensa en su Padre, en su gloria, en su reino. Respetto de él, lleno de la conciencia de su miseria, de sus faltas y de la tiranía con la que el mal le abruma, no tiene necesidad sino del pan, del perdón y de la santa libertad.

Que hombre no cesa de implorar esos dones divinos: el Padre está vivo, está presente, él tiene la fuerza y la bondad; y él escucha al hombre que le pide.

Con estos sentimientos, de los que su alma estaba llena, es como Jesús dijo aun á sus discípulos:

—“Si uno de vosotros tiene un amigo á quien vaya á buscar durante la noche, para decirle: Amigo mío, préstame tres panes: uno de mis amigos ha venido conmigo en el viaje á mi casa y yo no tengo nada que darle, y que del interior de la casa el otro responda: No me importunéis; la puerta está cerrada, mis sirvientes están en la cama como yo, yo no puedo levantarme y daros nada; si el primero continúa llamando, yo os lo digo, aun cuando él no se levantara y no le diera nada



porque él, su amigo, por causa de su inoportunidad, él se levantara y le daré todo aquello de que tiene necesidad.

“Y yo, os digo: Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque el que pide, recibe; y el que busca, halla; y á quien llama, se le abre.

“¿Hay entre vosotros un padre que no escuche la petición de su hijo? ¿Si le pide pan, le dará una piedra? ¿Si le pide un pescado, le dará una serpiente? ¿Y si le pide un huevo, le presentará un escorpión?

“Si, pues, vosotros que soís malos, sabéis dar á vuestros hijos buenas cosas, con cuánta mayor razón vuestro Padre celestial dará el Espíritu bueno á quien se lo pida!”

Jesús amaba estas imágenes populares, sacadas de los más sencillos hechos de la vida. Las provisiones de viaje, los panes, los huevos, el pescado, la llegada imprevista del amigo, la puerta del huésped cerrada ya, todos esos detalles se convierten para él en ocasiones de instruir y de elevar el alma de los suyos. Con lo que pasa, él recuerda las verdades que permanecen, él se sirve de las pequeñeces que nos absorben para volvernos hacia las realidades divinas que olvidamos.

‘Cuando Jesús, después de su oración y esta plática con sus discípulos, descendió la colina y se encaminó hacia Jerusalem, pudo apereibir á la ciudad en todo el brillo resplandeciente de la fiesta de las Cabañuelas.’

La solemnidad duró una semana desde el décimo quinto hasta el vigésimo tercero día del mes de Tischri (Octubre). Ella recordaba á los judíos, por sus ritos sagrados, grandes recuerdos: el viaje de sus padres al desierto y los beneficios con que Dios les había llenado. Durante esos días, en memoria de la peregrinación á través de esa tierra árida, ellos abandonaban sus moradas y habitaban bajo tiendas de follaje, que se le-

1 Cf. Exod., XXIII, 16; Levit., XXIII; Deut., XVI.

vantaban por todas partes, alrededor de Jerusalem, en las calles y en las plazas, y hasta sobre las terrazas de las casas. Hubiérase dicho que era un campo de nómadas.

Una libación que tenía lugar, todas las mañanas, en el Templo hacía pensar en el agua viva que brotó de la roca tocada por Moisés. Dos candelabros encendidos, en la noche, en el atrio, simbolizaban la nube de fuego que guió la marcha de los viajeros, por la noche. La sangre de los toros, de los carneros, de los corderos, corría sin cesar. Las ofrendas y las libaciones afluían. En señal de alegría, los fieles llevaban en la mano ramas de limoneros y de sauz, entrelazadas por una hoja de palmera, viniendo en procesión alrededor del altar. Ninguna fiesta, entre los judíos, era más alegre. Como ella coincidía con el fin de las cosechas, se entregaban á regocijos que nada tenían de religiosos y que recordaban las solemnidades paganas. Esta no era la sencillez primitiva del tiempo de Esdras. En medio de este tumulto y de este exceso, no había lugar para la piedad, la religión de la conciencia, el culto en espíritu y en verdad.

Ahí fué por tanto, en esta multitud agitada, en ese Templo en donde no se trata sino de ventas y compras de víctimas, de inmolación y de ritos exteriores, entre los doctores que no piensan sino en sus purificaciones y en sus discusiones formalistas, á la vista del Sanhedrín y de los grandes sacerdotes embriagados de su poder é inexorables contra aquellos que les desafián, ahí es en donde Jesús volvió para librar el combate supremo.

El viaje que termina marca el fin de sus días tranquilos. El entra en la lucha decisiva. A medida que él afirmará más fuertemente, más netamente, lo que él es y lo que quiere, su filiación divina y sus derechos, su papel mesiánico y su obra, la oposición se va á desplegar con fuerza, la discusión se va á envenenar, las pasiones á encenderse, los complots á urdirse,

1 Cf. Antiq.; III, 10, 4; Sucah, C. V; Hal; 2.

las amenazas á agitarse, hasta que el más terrible, el más inexorable de todos los odios, el odio religioso, arrastre á la autoridad á dar el golpe de muerte.

Jesús guarda una calma divina.

Todos esos episodios tienen un carácter de dulzura y de paz que reflejan la serenidad del Maestro.

Cuando él llegó, se estaba en la mitad de la fiesta.<sup>1</sup> Los judíos le buscaban entre la multitud de peregrinos. Su recuerdo, en Jerusalem, había quedado vivo, no solamente en el Sandedrín que seguía con una vista inquieta su doctrina, su conducta, su acción, sino en el pueblo en quien había tan poderosamente conmovido la conciencia é inflamado las esperanzas mesiánicas. La opinión pública estaba llena de su nombre. Por todas partes, en los grupos se le discutía. Unos decían: El es bueno, otros le combatían:—No; exclamaban, es un seductor y un falso profeta.

Pero, en esta masa habituada á sufrir la tiranía del poder tan hostil á Jesús, se temía expresarse abiertamente y con franqueza. Los aduladores de la autoridad exageraban, por complacencia, sus sentimientos contra él; y los tímidos, los cobardes, tenían miedo de defenderle.

Jesús subió directamente al Templo y se puso á enseñar bajo los pórticos.

<sup>1</sup> Juan, VII, 14 y sig.



## CAPITULO II.

JESÚS EN LA FIESTA DE LAS CABAÑUELAS, EL AÑO 29.

Los hombres de acción que pretenden un papel público tratan de apoderarse del poder, por la fuerza, la habilidad ó la astucia. Una vez los señores, se aplican á realizar su plan, y el éxito les juzga. Vencidos, se les desdeña; victoriosos, se les aclama.

Jesús no obró á la manera de los hombres; él no puede y no quiere reinar sino por la fe; él para nada se impone, él se propone; su única arma es la palabra, y su gran obra, la manifestación de lo que él es.

Esta obra se desarrolla progresivamente en medio de contradicciones violentas. En Jerusalem, á la vista y á la faz de los representantes oficiales de la nación, ella toma un carácter más solemne y desencadena la lucha en la que él sucumbirá.

La acción de Jesús en la metrópoli, durante la fiesta de las Cabañuelas y los días que seguirán, no nos es conocida sino por las narraciones del cuarto Evangelio.<sup>1</sup> Los episodios son

<sup>1</sup> Juan, cap. VII, X, 21.